

SUGERENCIAS PARA UNA METODOLOGIA ETNOGRAFICA EN EL CAMPO DE LA PENINSULA IBERICA (*)

P O R
NURIA SUREDA CARRION

A través de la historia vemos configurarse en la Península Ibérica una serie de pueblos —celtas, iberos, vascones, etc.— sobre los cuales los textos antiguos nos proporcionan datos muy variados que aluden a sus límites geográficos, sus ciudades, sus instituciones, sus costumbres, etc., pero cuando intentamos reflejar en la cartografía etnográfica los datos conocidos por la Etnohistoria surgen innumerables problemas mal resueltos todavía. Aún dependemos de los mapas realizados por grandes investigadores como Schulten, García y Bellido o Bosch Gimpera, según su propia interpretación de la Etnografía de la Península Ibérica; nunca agradeceremos bastante el impulso que los autores citados dieron a estos estudios, pero nuestros conocimientos han aumentado y no debemos seguir encadenados a opiniones que deberían haber caducado. Es urgente prescindir de los tópicos y dogmas que configuran actualmente la Etnografía de «Iberia».

Mis sugerencias están encaminadas a proponer una revisión de los planteamientos *básicos* que nos permita progresar en el conocimiento de la Etnografía de «Iberia» en los tiempos antiguos. Ahora bien, debo advertir que no poseo ninguna «vara mágica de sauce» (cortada el día de San Juan) que me permita solucionar los innumerables *enigmas* que plantea nuestra Historia Antigua (entre ellos, los orígenes de los vascos) ni pretendo descubrir grandes cosas al analizar un campo ya cultivado. Sólo pretendo esta-

(*) Comunicación presentada en el II Congreso Mundial Vasco (Vitoria, 1987).



blecer un esquema básico sobre «Iberia» que puede ser útil para la cartografía etnográfica y conducir a nuevas averiguaciones sobre los iberos y los celtas, base de los pueblos históricos peninsulares.

La palabra «Iberia», como todos saben, designa una realidad geográfica que es imprescindible investigar, indagando a través de las fuentes escritas el verdadero contenido del término en cada momento histórico. Observar la evolución de la palabra «Iberia» en el curso de la historia tiene gran importancia para no caer en el error histórico de aplicar a algunos grupos étnicos instituciones y costumbres que pueden corresponder a grupos muy distintos.

Si entendemos el término «Iberia» como *información*, para integrarlo en su propia realidad geográfica podemos hacer uso de los conceptos de «código» y «mensaje» ya utilizados por varios autores en otros campos de la historia y la lingüística, pues una misma *palabra* o «código» (Iberia, en este caso) puede expresar un «mensaje» o *concepto* diferente durante el curso de la historia.

Actualmente, al interpretar los textos antiguos se considera natural y evidente comprender a toda la Península Ibérica en el término «Iberia» suponiéndolo sinónimo de «Hispania». Por tanto, el «mensaje» transmitido por la información del *código geográfico* (Iberia) se establece en función del sistema comunicativo que determina el «código dominante» a partir del siglo I a.C. en tiempos de Estrabon. Es decir:

Siglo I a.C.

CODIGO = *Iberia* / MENSAJE o realidad geográfica = *Península Ibérica*

A mi juicio, aceptar *a priori* el código dominante en tiempos de Estrabon, destruye toda posibilidad de comprender mejor la Etnografía de nuestra Península: se da por confirmada la interpretación de Estrabon —como único punto de vista posible— sin pensar que su «información» está condicionada por el hecho de que este autor aplica el «código» de su propia época. Nadie se pregunta sometiendo a examen el *concepto* sobre «Iberia»: ¿Cuál es el contenido de «Iberia»? ¿Cuál es la relación del término con la realidad geográfica? ¿Qué factores condicionantes influyen en su estructura conceptual transformando el «mensaje» del «código» en el *tiempo*? Por ejemplo, en un trabajo muy reciente el profesor Maluquer (1987) afirma que «es un hecho bien seguro» que desde el siglo IV a.C. —desde Eforo a Eratóstenes— se había comenzado a aplicar el término «Iberia» a toda nuestra Península sustituyendo el término «Keltiké» (Céltica) que había puesto de moda Herodoto. Como veremos, tal suposición, es un error histó-



rico de graves consecuencias si se desea investigar con acierto la formación de los distintos pueblos prerromanos de la Península. Cada época establece criterios dominantes en el discurso histórico, y la nuestra —respecto a la Historia Antigua— podríamos decir que se caracteriza por establecer «dogmas» que confirmen *a priori* el discurso histórico académico, rehuendo la indagación y los consiguientes problemas de toda investigación que abre nuevos horizontes.

El examen sistemático del «código» contenido en el término «Iberia» en contextos temporales concretos a lo largo de los siglos, es muy complejo como veremos, y hace emerger nuevas categorías geográficas, nuevos terrenos de investigación, pues cada época establece criterios diferentes: por tanto, el signo «Iberia» nos proporciona «mensajes» distintos en el tiempo variando la estructura de la información geográfica del «código». Y lo mismo se puede observar estudiando otros términos geográficos como el «Océano», la «Hispania Ulterior» o la «Bética» (1). Recordemos que en tiempos de Agripa y Augusto la «Bética» alcanzaba hasta Cartago Nova (2).

Para evitar los errores en la cartografía etnográfica, la tarea principal de la ciencia histórica debe consistir en observar los cambios, la *innovación* en el «mensaje», para introducir el término «Iberia» en su propio contexto geográfico en cada momento histórico partiendo de la descripción de Hecateo en el siglo VI. La antiquísima percepción griega sobre «Iberia», compleja y variable en el tiempo, en cada etapa histórica refleja la mentalidad de los autores antiguos. Desde la época «fabulosa», no tan confusa como supone Caro Baroja (1986) pero difícil de entender para una mente *racional*, las distintas imágenes sobre «Iberia» que nos han llegado son el reflejo histórico de las diferentes etapas culturales de los propios griegos, hasta que el discurso histórico alcanza el máximo rigor con la introducción del pensamiento racional. Ahora bien, el *pensamiento racional* tiene una fecha civil; se conoce su fecha y su lugar de nacimiento (3). Es en el siglo VI antes de nuestra era, en las ciudades griegas de Asia Menor, donde surge una nueva forma de reflexión totalmente positiva sobre la naturaleza, nos dice Vernant (1982); también Burnet —en cita de J. Lozano (1987)— señala: «Los filósofos jonios han franqueado la vía que la ciencia, a partir de este momento, no ha tenido más que seguir». Es decir, si a partir de Polibio (siglo II a.C.) la visión de Occidente mejora y nos presenta una imagen más

(1) Sobre esta idea cf. N. SUREDA: *El antiguo Océano y las Columnas de Heracles*, «Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz», vol. I, Universidad de Buenos Aires, 1983.

(2) Según este punto de vista cf. N. SUREDA: *La Bética en época de Augusto*. «Symposium de Ciudades Augusteas», vol. II (Zaragoza, 1976).

(3) Hecateo de Mileto escribió durante el siglo VI a.C.: «Escribo lo que considero cierto, porque las leyendas de los griegos son incontables y, a mi juicio, ridículas».



clara de «Iberia», es porque las estructuras mentales habían progresado mucho franqueando la vía a la ciencia desde el siglo VI a.C. época de Hecateo.

¿Qué espacio geográfico designaba el término «Iberia» desde el siglo VI a.C.? Sus dimensiones geográficas son variables, sin embargo, durante largos siglos —desde Hecateo hasta Polibio— designó *exclusivamente* las costas mediterráneas en sentido amplio. Más tarde, el término «Iberia» evoluciona hacia occidente —igual que el antiguo Océano (4)— comprendiendo en tiempos de Estrabon a toda la Península. Es decir, sólo en la época de Estrabon (III 4, 19), como él mismo dice, los romanos llaman a toda la Península «Iberia» o «Hispania». Estrabon no visitó Hispania, por tanto, es necesario precisar sus fuentes indagando lo que representaba el nombre de «Iberia» para los autores anteriores cuyos textos recogió o criticó —como Asclepiades o Eratóstenes— si deseamos saber el espacio geográfico que ocuparon «los más cultos de los iberos», los turdetanos.

Al aparecer, el primero que habló de «Iberia» fue Hecateo (siglo VI a.C.) que reserva el nombre de «iberos» y de «Iberia» para las tribus del este de la Península a partir de Sicana, o sea, de la región del Júcar (Sicano o Sucro) según Bosch Gimpera (1970); espacio geográfico que en tiempos de Aníbal ocupaban ciertos túrdulos o turdetanos que intervinieron en el conflicto con Sagunto que provocó la segunda guerra púnica (5). Nombra Hecateo (FHA I 185 ss) a «Elibirge, ciudad de Tartessos»; cita también varias ciudades de los mastienos —señalando que es una «tribu cerca de las Columnas» y otras ciudades de «Iberia»; alude también a cierta tribu de los iberos denominados «misgetas» (derivado de mezclar) que se identifican con los «iberos» mezclados con «ligures» situados entre el Pirineo y el Ródano, pues, también el periplo atribuido a Scylax de Caryanda (famoso explorador del siglo VI a.C.) habla de «iberos y ligures mezclados» que llegaban hasta el Ródano. En consecuencia, hacia el siglo VI a.C., al redactar su descripción de Europa el gran Hecateo demuestra un conocimiento muy detallado de las costas mediterráneas occidentales, y parece distinguir geográficamente entre «Iberia» y «Tartessos» —(dos términos con peculiaridades propias no siempre identificables)— como lo hará más tarde Herodoto.

Evidentemente, Herodoto (I, 163) establece una clara distinción geográfica entre «Iberia» y «Tartessos» al decir que los focenses (¿jonios?)

(4) Para observar la evolución del término «Océano» cf. N. SUREDA: *El antiguo Océano centro del mundo conocido*, rev. «Historia y Vida», n.º 229 (Barcelona, 1987).

(5) Hace muchos años ofrecí una solución a este problema que no ha sido estudiada, cf. N. SUREDA: *El río Ebro y Sagunto. Una solución al problema de la segunda guerra púnica*, rev. «Historia y Vida», n.º 205 (Barcelona, 1985).



fueron los primeros en descubrir «el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tartessos», relación de nombres que mantiene un sentido geográfico innegable y enlaza con la versión de Esquilo (siglo V a.C.) quien afirmaba que el río Eridano (Ródano ¿o Herault?) corre por «Iberia». Es decir, según Herodoto, aproximadamente, a partir del Ródano empieza «Iberia» y lo confirma arqueológicamente la cultura «ibérica» de esa zona —(como mínimo hasta el río Herault lo demuestra la lengua, monedas, escritura, cerámicas, etc.)— a continuación de «Iberia» Herodoto nombra a «Tartessos», por tanto, si «Iberia» tiene su límite sur en el río Júcar o Sicano donde empieza la «Iberia» de Hecateo descrita en sentido contrario, la versión de Herodoto coincide también y encaja con el *límite* o frontera de Tartessos establecido en la provincia de Alicante en el viejo rotero del siglo VI a.C. recogido por Avieno (Ora Marítima 462). En consecuencia, queda incluida en el territorio de «Tartessos» la vieja Mastia-Tarseion citada por Polibio (III 24, 2), la antigua Mastia de Tarsis (6) o actual Cartagena con su «isla de Heracles» (Escombreras) que conservó el nombre del héroe hasta la época de Estrabon (III 4, 6). No debemos olvidar que Herodoto (II 33 y IV 48-49) considera a los «celtas» el último pueblo de Europa —igual que Eforo (Estrabon I 2, 26-28) y posteriormente Eratóstenes— y ubica a los «celtas» claramente «más allá de las Columnas de Heracles», es decir, más allá de Gibraltar (en el mismo espacio geográfico que según Estrabon ocupan ibero-turdetanos); añade Herodoto que dichos «celtas» lindan con los cinesios o cinetas (iberos) pueblo también nombrado hacia el 420 a.C. por Herodoro de Hecalea.

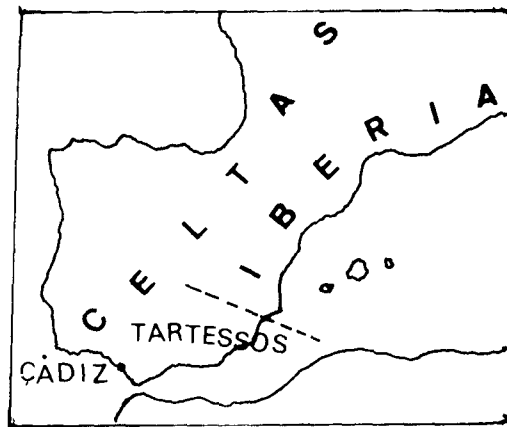


Fig. 1.—El extremo occidente según Herodoto

(6) El texto de Polibio es una razón de peso para incluir la región murciana en el mundo «tartésico», cf. N. SUREDA: *Tarsis en las fuentes escritas*, rev. «Historia y Vida» n.º 215 (Barcelona, 1986).



Hacia el 420 a.C. para Herodoro de Heraclea (7), los cinetes, gletes, tartessios, mastienos y otros pueblos del litoral mediterráneo «son todos iberos, un solo pueblo con distintas tribus». Tribus, que, evidentemente, no se pueden situar exclusivamente en la costa «andaluza» como dice Maluquer (1987), pues los «tartessios» y los «mastienos» llegaban innegablemente hasta la provincia de Alicante.

Un siglo después de Herodoro de Heraclea, hacia el 350 a.C., se compiló el periplo atribuido a Scylax (al que aludí anteriormente) que dice: «En Europa en primer lugar hay los iberos, pueblo de Iberia, y el río Ibero (...) luego, Emporion, y éstos son colonos de Massalia. El recorrido marítimo de Iberia es de siete días y siete noches». El autor añade que el recorrido desde Emporion hasta el Ródano es de dos días y una noche. Es evidente que Scylax o el compilador conocía bien a los iberos de la costa oriental y los sitúa al sur de otros pueblos que eran una mezcla de ligures e iberos que llegaban hasta el Ródano (Maluquer, 1987); por tanto, coincide nuevamente con la «Iberia» de Hecateo y Herodoto.

Algunos autores identifican a los antiguos «gletes» de Herodoro de Heraclea —situados en la proximidad de los «tartessios» con los «ileates» de fértil suelo citados por Avieno (Ora Marítima 300 ss.), pues, hacia el siglo IV a.C., también Theopompo decía que los «gletes» constituyen un pueblo que vive en la vecindad de los «tartessios» (García y Bellido, 1953). Un clarísimo texto de Estrabon (III 4, 19), que transcribiré a continuación, nos da la clave sobre la situación geográfica de los antiguos «gletes» o igletes, a la vez que explica la evolución geográfico-histórica del término «Iberia» coincidiendo con Hecateo y Herodoto.

Dice Estrabon (III 4, 19): «Iberia» se llamó por los primitivos todo el país más allá del Ródano y el istmo formado por los golfos galos, mientras que los de hoy ponen la Pyrene (Pirineos) como límite y usan el nombre de «Iberia» en el mismo sentido que «Hispania»; pero otros llaman «Iberia» sólo al país acá del Iber (Ebro) autores más antiguos llamaban a estos mismos iberos «Iglatas» atribuyéndoles poco terreno, como dice Asclepiades de Myrlea». Asclepiades es una fuente importante, porque sabemos que residió en la Turdetania y redactó una descripción detallada utilizada por Estrabon: al mencionar que los antiguos gletes o igletes «vecinos de los tartessios», ocupaban la parte «de acá» de un río llamado Iber —tal vez el actual Ebrón o Guadalaviar (8)— nos da la clave sobre la extensión geográfica de «Iberia» y «Tartessos» (que, a mi modo de ver, una vez más coincide

(7) Se conocen escasos fragmentos de la obra de Herodoro.

(8) Sabemos que hubo otro río denominado «Iber» que no era el Ebro actual, cf. mi trabajo sobre la segunda guerra púnica ya citado.



con la «Iberia» de Hecateo y de Herodoto). Es decir, primitivamente, los iberos-igletes ocuparían, aproximadamente, el medio geográfico donde Avieno (Ora Marítima, 462) coloca a ciertos «gimnetes» que se extendían por la región del Júcar entre iberos y tartessos.

Debemos observar, que hacia el siglo II a.C., todavía Polibio (III 37,5) denomina «Iberia» sólo a la parte bañada por el Mediterráneo «hasta las Columnas» (Gibraltar); más allá decía que estaba habitado por «pueblos bárbaros» (extranjeros), los mismos que otros llamaron «celtas» (Herodoto, Eratóstenes...). Es decir, Polibio (III 17) especifica claramente que «Iberia» comprende desde la sierra de Sagunto —que une «Iberia» y «Celtiberia»— hasta el estrecho de Gibraltar. En cambio, para Estrabon (siglo I a.C.) el término «Iberia» comprende toda la Península, por tanto, todas sus interpretaciones o críticas cuando recoge fuentes más antiguas sobre los «iberos», deben ser cuidadosamente analizadas para incluirlas en su propio contexto geográfico. Por ejemplo, hacia finales del siglo III a.C. también Eratóstenes reserva el nombre de «Iberia» para las costas mediterráneas en sentido amplio —igual que Hecateo, Herodoto y Eforo (Estrabon IV, 4,6)— señalando, según Estrabon (I 4,5 y II 4,4-8), que los «celtas» habitan la parte occidental de Europa «hasta Gadeira» (Cádiz); con escasa visión histórica, Estrabon se lo reprocha diciendo que Eratóstenes «luego se olvida y no menciona a los celtas en su descripción de Iberia». A mi juicio, está claro que Estrabon, a pesar de que conocía la evolución histórica del término «Iberia», no advirtió que Eratóstenes reservaba el nombre de «Iberia» para las costas mediterráneas que habitaban los «iberos» todavía diferenciados de los llamados «celtas»: en consecuencia, del grave error de Estrabon parte la confusión etnológica entre iberos y celtas que aún perdura desgraciadamente.

Resumiendo los textos citados desde Hecateo (siglo VI a.C.) hasta Polibio (siglo II a.C.) resulta evidente que con el nombre de «Iberia» se designó primitivamente una pequeña región oriental de nuestra Península: sus dimensiones geográficas varían durante el curso de la historia, pero hasta el siglo II responde *exclusivamente* a un territorio mediterráneo, sólo en tiempos de Estrabon (siglo I a.C.) el término «Iberia» comprende a toda la Península.

Ha sucedido con el término «Iberia» lo mismo que con el nombre de «Hélade», que en su origen designaba sólo una parte de Tesalia, más tarde se extendió a la Grecia central al norte del istmo de Corinto y, por último, el conjunto de todo el país fue llamado Hélade.

Por tanto, a mi juicio, los innumerables problemas que plantea el estudio y la ubicación geográfica de los pueblos denominados «iberos» han de



atacarse considerando un ámbito que no es exactamente el de la «piel de toro» peninsular, si queremos reconstruir la cartografía etnográfica de la Península Ibérica en tiempos prerromanos con ciertas garantías de exactitud en el conjunto.

El profesor Tarradell (1980) opina que a partir del siglo V a.C. es difícil distinguir las diferencias entre pueblos tartessio-turdetanos y los ibéricos propiamente dichos, porque dentro del término «iberos» se incluye también Andalucía, saltando el concepto de «turdetanos» que otros autores atribuyen a los indígenas andaluces. En realidad, la confusión etnológica —provocada por la *innovación* (9) de Estrabon que extiende el nombre de «iberos» a grupos «celtas»— se debe a que los autores modernos, aunque yo llevo muchos años señalándolo, no desean indagar la evolución geográfico-histórica del término «Iberia» (o «iberos») realizando una investigación que trastorna el discurso histórico establecido: en consecuencia, siguiendo el «código dominante» en tiempos de Estrabon, ubican a los tartessio-turdetanos en el medio geográfico ocupado por pueblos «celtas» según los textos más antiguos (Herodoto, Eforo, Eratóstenes...). Por tanto, no se establece la distinción adecuada entre los «iberos» como etnia o grupos étnicos y la denominada convencionalmente «cultura ibérica» —de límites más amplios— pese a la innegable diferencia de los datos materiales que convierten en dos áreas arqueológicas completamente distintas, la de los «Iberos» de las costas mediterráneas en sentido amplio y la de los «Celtas» situados más allá de Gibraltar.

Precisamente, igual que los «iberos» —a los que están vinculados en los textos— también los «tartessios» están claramente ubicados a orillas del Mediterráneo en el fragmento del llamado pseudo Sicimno de Chíos (199) que dice: «A orillas del Mar Sardo (el Mediterráneo) habitan en primer lugar los libifénices, colonos cartagineses; después, según dicen, están los tartessios; a su lado están los iberos. Más arriba de estos parajes están los beribraces. Más abajo, siguiendo por el mar están los ligures y las ciudades griegas, pobladas por los focéos de Marsella; la primera es Emporion (Ampurias) y la segunda Rhode (Rosas). Esta fue fundada por los rodios que tenían en otro tiempo un gran poder naval». El texto, hace constar que Rhode fue una fundación de los rodios en los tiempos de su talasocracia fechada hacia el siglo IX-VIII a.C., dato que recoge también Estrabon (XIV 2,10) en varios fragmentos de su obra alusivos a la tradición «mítica». La descripción de Scimno, innegablemente, se inicia de oeste a

(9) Sobre *La transmisión cultural y la innovación* está en prensa la comunicación que presenté en el IV Congreso de Antropología celebrado en Alicante (1987); hace 11 años que tengo en prensa otra bajo el título *La Turdetania y los iberos*, que presenté en el VIII Symposium Internacional celebrado en Córdoba en 1976.



este de la Península, hacia la «Iberia» de Hecateo y Herodoto. En consecuencia, en el Sudeste Mastieno es donde debemos ubicar a «los más cultos de los iberos» citados por Estrabon (III 1,6), a los *turdetanos* sucesores de los tartessios. Precisamente, el propio Estrabon (III 2,1) incluye entre los pueblos turdetanos a los «bastetanos o bástulos» (nombre que vino a sustituir el de «mastienos») que llegaban hasta Cartago Nova (Cartagena).

¿EL ACTUAL RIO EBRO LIMITE DEL TRATADO DEL EBRO DEL 226 a.c.?

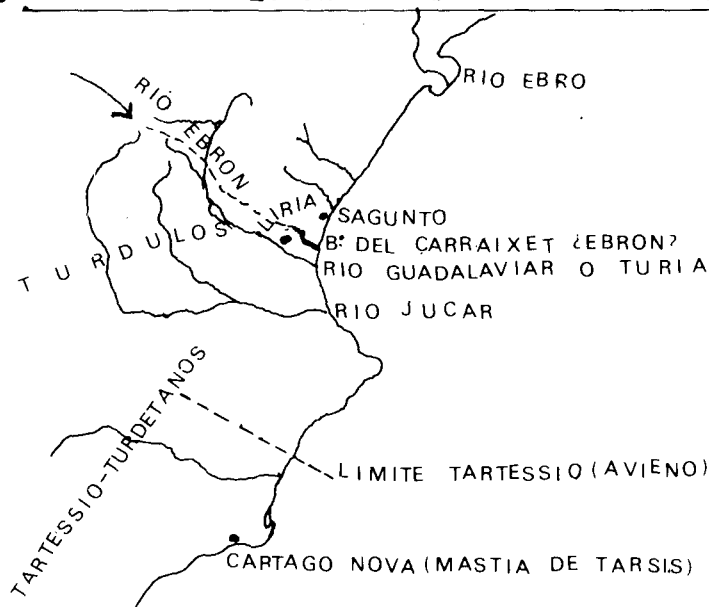


Fig. 2.—Posible cauce del actual «río Ebrón» y situación aproximada de los turdetanos y túrdulos que intervinieron en el conflicto con Sagunto que provocó la segunda guerra púnica. En la provincia de Alicante el límite final de Tartessos.

Un campo forzoso de investigación es el del sustrato indígena del mundo «ibérico» que vaya abriendo nuevos horizontes (T. Chapa, 1986). La «Nueva Arqueología» ha iniciado una reestructuración de los estudios sobre el arte «ibérico» que puede ser muy fructífera. Pretende integrar la escultura en su ambiente socioeconómico y valorarla como exponente de una estructura *cultural* mucho más compleja. A través de los monumentos arquitectónicos y escultóricos podremos conocer la economía, la estructura social y la religión de los «iberos». Es decir, la parte más sugestiva del nuevo enfoque no es la ingente información sobre los paralelos formales de un monumento, sino las consecuencias que se derivan de su propia presencia en el territorio ibérico: la relación con la sociedad que las crea.



Igualmente, el análisis sistemático de las fuentes escritas sobre «Iberia» y «Tartessos» —reflejado en una renovación de la cartografía etnográfica vigente— nos permitirá comprender mejor el sustrato del mundo ibérico del Sudeste Mastieno, que, a mi juicio, hunde sus raíces en la cultura «tartésica».

REFERENCIAS

- BOSCH GIMPERA, P.: *Los dos Ebro de Carcopino*. «Homenaje a Elias Serra Rafols», Universidad de La Laguna (1970), nota pág. 312.
- CARO BAROJA, J.: *España Antigua*. ed. Istmo (Madrid, 1986), pág. 17.
- CHAPA, T.: *Escultura ibérica: una revisión de sus interpretaciones*. «Trabajos de Prehistoria», vol. 43 (Madrid, 1986), pág. 57.
- GARCIA Y BELLIDO, A.: *La Península Ibérica en los comienzos de su historia*. C.S.I.C. (Madrid, 1953).
- LOZANO, J.: *El discurso histórico*. Alianza Universidad (Madrid, 1987).
- MALUQUER, J.: *Història de Catalunya*. vol. I, Edicions 62 (Barcelona, 1987).
- SUREDA CARRION, N.: *Las fuentes sobre Tartessos y su relación con el sureste peninsular*. Publicaciones de la Universidad (Murcia, 1979); *Tartessos sin misterio*. rev. «Historia y Vida», n.º 219 (Barcelona, 1986); *Las primeras monedas hispanas*. rev. «Historia y Vida» n.º 234 (Barcelona, 1987); *Antropología de la ciencia geográfica: de la estructura arcaica al pensamiento actual*. «III Congreso de Antropología», Donostia, 1983 (en prensa).
- TARRADELL, M.: *Historia de España*. vol. I, ed. Labor (Barcelona, 1980).

